

Bienvenidos
al futuro

Es una aparición fantasmagórica, una interrupción extraña en un programa que pretende gustar a todos, algo fuera de marco. Nina Hagen, la artista alemana que había encandilado al mundo con su extraño punk, a mil años luz de casi cualquier cosa, salió al escenario decidida. Su aspecto y la manera de moverse, aquel inusual cruce de fronteras hacia territorios fuera de todo control, parecían pertenecer a otro planeta. El año 1986 concluía. Concha Velasco, la presentadora del programa de Nochevieja (*Viva 87*), la presentó con su habitual y forzada sonrisa: «Una voz prodigiosa –anunció, mientras su vestido de lentejuelas brillaba casi deslumbrando–. De su atuendo, bueno... no quiero decirles nada de cómo va vestida. Lo mismo puede cantar ópera que una canción del más puro estilo punk. ¿Te rindes? Ante ustedes señoras y señores, ¡Nina Hagen!»

Estaba rendido.

Tras apartar unas cortinas y dar pequeños pasitos, salió del fondo del escenario, primero muy tímidamente, como si no se tratase de Madrid y este, por supuesto, tampoco el último día de 1986, sino el Berlín de Weimar, una confusa mezcla de público: futuros nazis compartiendo mesa con tipos de mirada aviesa, lesbianas y jóvenes fanáticos del swing. El Cabaret de las Atrocidades. Hagen, a los ojos de un país que presumía de modernidad, podía ser Yolanda, la protagonista de *Entre tinieblas* (1983), la película de Pedro Almodóvar, que acababa en brazos de Las Redentoras Humilladas. Sí, podía haber sido ella, una toxicómana que huye pero, al hacerlo, se da de bruces con

la realidad: la monja superiora es también drogadicta. A su alrededor nada es lo que parece: Sor Rata de Callejón (Chus Lampreave), sor Perdida (Carmen Maura), sor Estiércol (Marisa Paredes) y sor Víbora (Lina Canalejas).

Eso mismo fue el efecto que produjo aquella irrupción. Moviendo una especie de cola de tigre, con el rostro muy pálido, casi cadavérico y aspecto felino, Hagen parecía interpretar a un personaje sacado de *El mago de Oz*, quizás el león de la película que perseguía alcanzar su sueño de tener valor, pero que es todo lo contrario. Aquella gran ambivalencia (luz y oscuridad en un mismo foco, justo en el adiós de aquel año, con los delirios de la modernidad y el terrorismo de Estado, la bonanza económica y el paro y la marginación) dominaba el país como su propia marca y su reconocible estilo. La democracia, por fin, se había consolidado. O eso fue lo que nos dijeron.

Su actuación fue, por supuesto, excesiva. Una trampa. Un *fake*. Ahora lo ves, ahora no lo ves. Como el mismo espíritu del punk: una maldita estafa presentada en bandeja de plata. La canción, tras casi seis minutos de actuación, va decayendo; el sonido disminuye pero ella sigue moviendo los labios y, supuestamente, cantando. Pero no la escuchamos. El descarado *playback* no parece importar al público. Se cierra el telón: «No cabe duda que Nina Hagen es la que más manda en el mundo del punki –Concha Velasco, como colofón, improvisa unas palabras en un guión inexistente, patinando, resultando pedante—. Manda tanto como Margaret Thatcher, como nuestra... ¿eh? –se detiene y, sonriendo, señala a lo alto, en un gesto que nadie entiende– ¿Cuándo llegará el día en que todas las mujeres subamos al poder?», se pregunta.

El año anterior, Hagen había aparecido en televisión española en otro desembarco de aquellos supuestos últimos bárbaros. Era la *buen salvaje* de la jet set, un símbolo de todo eso que reflejaba lo que ya sucedía en aquel crucero de lujo entre el mundo del arte y la clase dirigente, un viaje sin estridencias, domesticado, civilizado, mano a mano. Teníamos el mejor de los mundos posibles, decían. Tardamos años en descodificar las letras de muchos grupos en clave real, cuando al caer el velo las canciones de amor se transformaron en odas a la vida en los márgenes y la heroína aniquilando a la juventud, llevándose por delante

a los héroes y heroínas urbanos, en la inconsciencia del virus del sida. Muchos se creyeron intocables. El león de Mago de Oz que soñaba con ser valiente. No lo lograron.

Ese tipo de iconos como Hagen iban y venían por platós de televisión sin provocar guerras civiles, lo mismo que sucedió con la llegada de los socialistas al poder y los pronósticos de hecatombe en Radio Nacional de España. Se anunciaron choques y enfrentamientos, dos generaciones enfrentadas (los nietos de los que hicieron la guerra), pero aquellos *viejos nuevos tiempos* poseían propiedades mágicas, misteriosas cualidades, gestos que tenían mucho de iluminadores y proféticos: la vieja guardia del franquismo acabó llevándose estupendamente con los recién llegados. Esta era la vieja política, pero también sería la nueva política dispuesta a construir mitologías absurdas. Reyes y reinas de una mentira.

Interpretó un tema inclasificable, su célebre «New York, New York», que sin embargo no tenía nada que ver con la canción de Frank Sinatra. Hagen despidió un año que había arrancado con la entrada en la Comunidad Económica Europea. En junio Felipe González volvió a ser elegido presidente del Gobierno por mayoría absoluta. Ciudades como Madrid, donde una alemana como Hagen podía ser su emblema, aseguraban ser la capital europea, incluso mundial. No sabemos si aquello fue un gesto de pura modernidad o quizás posmodernidad. Da igual. París, Londres... Nueva York.

«New York, New York.»

9 de julio de 1986, *El País*: «Los tres policías supuestamente implicados en la desaparición del delincuente habitual Santiago Corella, alias el Nani, reconstruyeron en la noche del lunes pasado los hechos ocurridos el 13 de noviembre de 1983 en Vicálvaro (Madrid), cuando según la versión policial El Nani se escapó. Los tres policías presentes fueron el comisario Francisco Javier Fernández Álvarez y los inspectores Francisco Aguilar y Victoriano Gutiérrez Lobo, sobre los que pesa un auto de prisión. Según la versión de los familiares de Corella y del joyero santanderino Federico Venero, quien recientemente denunció una supuesta red de corrupción policial, El Nani murió de un infarto en las dependencias policiales de la Puerta del Sol. La reconstrucción de

los hechos se produjo desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada en presencia del juez de instrucción número once de Madrid, Andrés Martínez Arrieta, un fiscal y, un abogado de oficio. Al concluir la reconstrucción, el juez levantó la incomunicación a los policías.»

La versión oficial: «El Nani murió de un infarto.»

Desapariciones. Tiroteos. Torturas.

«New York, New York.»

Hasta Ana Torroja, al frente de Mecano, lo repetía una y otra vez: «No hay marcha en Nueva York», como si fuese la reafirmación pop de una mentira, algo forzado, un disfraz. Se inventaron tours espléndidos, unidades móviles que certificaban el triunfo de España. *La calle de Europa*, una serie de programas dedicados a espiar la vida del resto de países de la moderna Europa, ganó premios, y puso voz a aquella nueva obsesión promocionada por los nuevos políticos.

Aquellos últimos instantes de 1986 servían para echar un vistazo hacia atrás, a una década con suficiente potencia como para derribar un edificio y, de paso, todo un país. Una década destinada a que España saliera por fin de una oscuridad que duraba demasiado. Pero ese sueño era imposible. Primero, como en todo ejercicio de limpieza real y tierra quemada, un volver a empezar sin deudas, debían airearse las habitaciones, mirar bajo la cama por si el hombre del saco estuviera allí agazapado, esperando la oportunidad de saltar sobre nosotros. Y lo estaba.

Así se construyen los grandes relatos (falsos y forzados como siempre, propaganda para autoconsumo, artimañas en manos de historiadores perezosos) y se echa tierra sobre las pequeñas historias. Hoy sabemos que hubo un plan. También hubo secretos, esos que tanto gustaban al viejo régimen. Muchos años después, Fernando Morán, primer socialista ministro de Asuntos Exteriores entre 1982 y 1985, en pleno ejercicio de memoria/desmemoria, desveló que durante aquellos días no hubo improvisación alguna: «Recuerdo con especial atención que teníamos preparadas todas las grandes decisiones desde dos años atrás.» OTAN incluida, se apresura a decir, aquel primer golpe de *réalité* para muchos, un cúmulo de decepciones al que luego siguieron muchas otras, aún más sórdidas, el antiguo estilo de los hombres

de orden. La historia como corta unidad de tiempo. «Dos años atrás.» Lo que nos esperaba a la vuelta de la esquina ponía los pelos de punta.

Al esperanzador desorden de la segunda mitad de los setenta (los saltos que dieron paso a las grandes manifestaciones, la fortaleza del movimiento libertario y las ansias por volver a ser lo que había sido antes de la guerra, los motines en las prisiones, la autonomía obrera frente a los grandes sindicatos, un arte cuyas armas eran la imaginación y la valentía), le siguió el pacto entre hombres de orden, un compromiso por aniquilar la disidencia entre la izquierda más allá de un Partido Comunista que, por fin, cumplía su sueño de entrar en política. Y, desde luego, tranquilizar a la derecha. El golpe, primero en su amenaza como un revisitado fantasma y posteriormente en su intentona, impulsó el proceso: un *viejo nuevo* régimen donde no habría juicios ni iras, desmemoriando a fuerza de apuntalar un puñado de grandes relatos (Suárez y la democracia, Carrillo y la *intelligentsia*, González y el posibilismo), haciendo pasar por modernidad al nuevo sistema. Lo viejo y lo nuevo.

España, sin embargo, anegaba. Los ochenta no podrían librarse tan fácilmente de los setenta, lo mismo que los noventa de la década anterior. Más temprano que tarde surgieron las preguntas y se cuestionó la euforia. El 5 de enero de 1980, en un artículo titulado «Los infelices setenta»,¹ Eduardo Haro Tecglen se preguntaba: «¿Podemos hablar de ellos en pasado? Dentro del artificio del tiempo segmentado, sí. Pero la realidad es que la Historia es un continuum, un río que no cesa.» ¿Qué suponía esa modernidad que pretendía avanzar junto al hombre del saco, que lo hacía bajo la amenaza del golpismo si esta no aceptaba ciertas condiciones, aquella modernidad de dos o tres o cuatro velocidades que a su paso dejaba un saldo de paro, marginación, asesinatos legales y reconversiones? ¿Cuál fue la verdadera naturaleza de todos y cada uno de los grandes relatos que, más tarde, sirvieron para explicar aquellos años? ¿Cómo puede el presente comprender aquel pasado? La historia oficial dibujó un escenario donde González, Guerra o Carrillo, entre tantos otros, se vistieron con los ropajes de Shackleton, Peary y Amundsen. Ellos fueron los «constructores», los «grandes sacrificados» por un

1. Eduardo Haro Tecglen: «Los infelices setenta», *Triunfo*, núm. 884 (5 de enero de 1980), p. 24.

proyecto colectivo, hombres con «altura de miras». Pero el verano no podía ser eterno.

Quizás lo más complicado de esos años, ese ejercicio titánico comparable a cruzar el siempre inhóspito estrecho de Bering, haya sido perpetuar esa verdad oficial que, como todo gran relato, se basó en una gran mentira, pero una mentira que sirvió para construir un marco mayor (interesado, parcial, una fotografía mutilada) de la España de hoy. Porque una y otra vez aparecían las sombras de sor Rata de Callejón, sor Perdida, sor Estiércol, sor Víbora.

El mismo año en que se estrenó *Entre tinieblas*, Andy Warhol visitó Madrid. Allí, en medio de lujosas fiestas e interminables loas, se paseó el nuevo medio social, los rostros del triunfo en la modernidad. Los músicos se mezclaron con los cineastas, aristócratas y nuevos ricos intercambiaron teléfonos con los bohemios, antiguos cargos policiales reciclados a la democracia charlaron con una tropa de empresarios del glamur. Todos se pusieron de acuerdo en algo: no había que cuestionar la misma naturaleza de España, ni tampoco rebuscar en la basura, sino avanzar a toda costa, aunque fuese entre fastuosos sueños que darían lugar a los Juegos Olímpicos o la Expo de Sevilla, como culminación de aquel nuevo capitalismo y del *pelotazo*. En el camino, terrorismo de todo tipo, incluido el de Estado, con sus personajes del horror. «La Movida entera triscó por allá buscando de todo, porque de toda diversión había», recuerda Luis Antonio de Villena, testigo y protagonista de aquellos años.² En Madrid, en la fiesta de la casa de la calle Miguel Ángel de los March, o en la de los Hachuel, se paseaban los grandes triunfadores, los mecenas y banqueros: Cuqui Fierro, Pitita Ridruejo, Isabel Preysler, Almodóvar, McNamara, Alaska y los Pegamoides, Sigfrido Martín Begué, Bernardo Bonezzi, Gorka de Dúo, Pablo Pérez-Míguez. Uno de sus acompañantes, el fotógrafo Chris Makos, afirmó que a su amigo Warhol «los españoles le parecieron muy sexis».³

Aquel fue el saldo. El dios de la modernidad, que por entonces se paseaba con su eterno corsé ocultando las marcas

2. <http://luisantoniodevillena.es/web/noticias/andy-warhol-en-madrid>

3. *Magazine*, suplemento de *El Mundo* (10 de junio de 2007).

de los disparos de la feminista Valerie Solanas, llegó y, tras vender decenas de cuadros, se marchó. Tras el decorado, si mirabas más allá del plano corto, en la periferia de la vida cultural, aquel sueño se convertía fácilmente en el sueño del *artísteo*, un triste sueño para pobres. O una pesadilla. Una pareja de baile incapaz de soportar los primeros pasos, que no aguantaba los primeros compases. Desmoronándose. A su alrededor, los decorados caían vencidos, en aquella mentira insoportable. Este era el país del paro y la marginación social, la heroína y lo que sucedía en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, justo frente al lugar en que se despedían los años y retransmitían las celebraciones, todo tan falso como el país que pretendían mostrar todos y cada uno de los programas especiales de Nochevieja.

Un mes antes de la llegada de Warhol, tras unas elecciones en que el PSOE había vencido, Felipe González visitó la División Acorazada de Brunete en Colmenar (Madrid). Tras pasar revista a las tropas, en medio de una enorme expectación, pronunció unas breves palabras: «Yo soy un servidor de España, a quien toca asumir una responsabilidad grave –dijo con gesto serio–. La asumo con la serenidad que acabo de afirmar, con la responsabilidad que sé que pesa sobre mis hombros y con la esperanza de que sea por el bien de España.» Titubeó en la misa, pero mostró seguridad en el desfile. Erró en el protocolo, pero no le tembló la voz en el discurso castrense. Apaciguar a los mandos, demostrar el porte de un hombre de orden, demostrar cómo estaban hechos los nuevos viejos tiempos. Porque podía haber dicho otra cosa. Podía haber expresado lo que muchos pensaron en aquellos momentos, citando a Marx en las palabras que este le dedica a Kossuth en su *Herr Vogt*. Marx, en realidad, describe a González: «Un danzante en la cuerda floja, que baila no en la cuerda, sino en su lengua.»

El tiempo no perdona, pero con frecuencia suele ser olvidadizo. La aparición de aquel hombre, que muy poco tiempo antes había jurado entregar su vida al socialismo, debió estar a la altura de la actuación de Hagen. Esta tragedia que tuerce la boca intentando esbozar una sonrisa, pero cuyo resultado es todo espanto, trajo de vez en cuando, justo a medianoche, demonios y susurros que eran premoniciones fatales. En aquella épica de contrastes, nada era lo que parecía ser

y ese mundo de secretos, tal y como habían sido los años anteriores, iba y venía reclamando su espacio. Al fin y al cabo, aquellos años y aquel país aún pertenecía a los militares e industriales que habían financiado la dictadura, y la nueva época también exigía una nueva economía. Al igual que sucedió con la discográfica Movieplay, cuyo capital mayoritariamente estaba en manos del Opus Dei, que no dudó en impulsar el pop y el rock progresivo en nuestro país, surgieron empresarios derechistas que se adaptaron al nuevo estilo. Unos y otros aprendieron que no existe sistema que dure mil años por el poder de las armas. Porque era la Economía.

El título de una columna publicada nada más arrancar la década, «El miedo al miedo», ilustraba aquella sensación.⁴ El miedo se cocinaba a fuego lento. Poco a poco imponía sus propias condiciones: «La creación del terror ha alcanzado grandes cimas –explicó un periodista bajo el nombre de Pozuelo–, pero también en esto hay límites, y el terror es siempre igual al terror, y no muy distinto el que muere de infarto porque ve una sombra fantasmal en el corredor de su vieja casa que el que percibe sobre sí la amenaza de la última guerra.» Estas frases parecen haber sido arrancadas lentamente, como si quien las escribe hubiera bajado a la calle y preguntado a todo el que pasaba la naturaleza de su miedo, como si fuese capaz de concentrar todos y cada uno de los terrores como marcas de su tiempo. El columnista, sin embargo, se resiste: «Defendámonos de quienes nos quieren asustar para aniñarnos, para hacernos obedientes y disciplinados», proclama a modo de advertencia. Felipe González pasando revista a sus tropas, preparando su última concesión que tomará la forma de entrada de cabeza en la OTAN y una política de servidumbre y continuismo en el ejército, calmando miedos a uno u otro lado y, de paso, calmándose también él. Un hombre, desde luego, de orden, la viva imagen de un reformismo constituido, constituyente y constitucional.

Nada sucedió. Los socialistas llegaron y nada pasó que fuese reseñable. Ninguna insurrección ni levantamiento. Tras el susto inicial, el viejo fascismo se dio cuenta de que ahora podía seguir siéndolo de otra manera, porque el nuevo fascismo, a pesar de ser menos chillón y vistoso, y desde luego menos cas-

4. Pozuelo: «El miedo al miedo», *Triunfo*, núm. 885 (12 de enero de 1980), p. 15.

trense, era más eficiente y prometía una gran longevidad. Tras tomar nota de la infalibilidad de las leyes históricas, esas que advierten que no hay imperio ni totalitarismo que dure mil años, por fin aceptó que debía adaptarse. El columnista, a pesar de todas sus reticencias y defensas, acabó sucumbiendo. En «El miedo al miedo», la última frase de su artículo suena a definitiva: «Pero la verdad es que es una época terrorífica.» Un hombre que se da una y otra vez contra una pared. Un hombre que sabe que lo peor no está a su alcance, que discurre secretamente.

El encabezado del flyer de presentación de la exposición de Andy Warhol, durante aquella célebre visita a Madrid, en la galería Vijande, funcionaba como un grotesco resumen de aquella España: «Pistolas, cuchillos, cruces.»

Enero de 1980. «El miedo al miedo.» No lejos de allí, de aquella galería de arte, en la calle San Roque, a unos minutos de la Puerta del Sol, un grupo de hombres, entre los que está Luis Enrique Hellín Moro (corpulento y de mirada obtusa, gesto embrutecido aunque terriblemente familiar) sintoniza la emisora de la policía. Analizan todos los datos que van recibiendo y posteriormente los guardan en un fichero de ordenador. Ese ordenador, poco después, se hará célebre como el gran objeto tecnológico, el gran ordenador totalitario, el Alpha 60 del *Alphaville* de Godard. El grupo de hombres observa las fotografías de una joven, Yolanda González, militante del trotskista Partido Socialista de los Trabajadores. Ellos no saben que serán detenidos. Ella no sabe que pronto será asesinada. Esto mismo, tras sacarle la lengua a la bestia, es lo que muchos perseguían conjurar. No lo lograrían, y muchos de aquellos pistoleros de extrema derecha, tras un periodo de idas y venidas, acabaron reintegrándose a la vida civil.

Es viernes y la fecha, 1 de febrero de 1980. La década da sus primeros pasitos. Ya se habla de desencanto. Para muchos existía ya una sensación de oportunidad perdida. Otros, en cambio, confiaron en aquellos nuevos políticos y en sus espléndidas promesas. El final del camino terminaba en un lugar distinto al soñado: una democracia sobre la que poco o nada se sabía, pero que rápidamente, muchos de

los que habían participado en la dictadura, se apresuraron a definirla y marcar sus límites. Esa nueva democracia no deseaba romper con el pasado como lo habría hecho una democracia real, aquella que persigue sanear sus cañerías y redistribuir el equilibrio. Adolfo Suárez, un desconocido que fue nombrado gran reformador, defensor de lo que se llamó centrismo (pero que no fue tal ni tampoco jamás podría serlo, porque ¿qué diantres era eso del «centrismo»?) autorizó los partidos políticos. Todo lo que quedó en los márgenes, en sus mismos límites, quedó excluido y sufrió el acoso y la violencia ante la inercia de los «controladores». Ese dejar hacer culminó en atentados y asesinatos cometidos por grupos de extrema derecha conectados con mandos policiales. El caso Scala (1978), por ejemplo, con la infiltración y provocación policial, terminó por marginar a los sectores libertarios para que durante los ochenta estuvieran condenados a operar en los márgenes. Fue un acuerdo pactado entre caballeros que, diariamente, hablaban de lo posible y del realismo, de aceptar este como el mejor de los mundos posibles, de la resignación como estado vital, de pragmatismo y altura de miras.

Por supuesto, no hubo juicios ni comisiones de paz. Los culpables no fueron llamados. Muchos torturadores confesos cruzaron mares hasta instalarse no en tugurios o países miserables sino allí donde el sol y la nueva vida podían serles beneficiosos. Obviados por unas autoridades que hicieron la vista gorda, montaron negocios (de seguridad privada, en muchos casos) y hasta cambiaron de identidad. Pero algunos, los menos, fueron reconocidos a la vuelta de aquel viaje. Como Hellín, que entonces ya peinaba canas, pero seguía siendo un hombre robusto y mal encarado. No fue sencillo. Se tuvo que agitar el nombre del escritor Juan Ramón Jiménez para que aquel hombre omnipotente se empequeñeciese. Hellín, entonces, perdió pie. «Al fantasma se lo mata con su nombre»:

- ¿Emilio Hellín Moro?
- Yo soy Luis Enrique Hellín...
- Perdone, pero ¿no es usted Emilio Hellín, el autor del asesinato de Yolanda González, la joven de 19 años que murió en 1980?

- No... Emilio Hellín murió hace tres o cuatro años...
Somos familia.
- No sabía que tuviera un hermano llamado Luis Enrique.
- Es una historia complicada porque somos hijos de la misma madre, pero de distinto padre. Luego juntamos los apellidos... ¿Sabe? Líos de familia que prefiero no comentar.
- ¡Se parecen ustedes muchísimo! ¡Y los dos eran informáticos! Usted se ha cambiado el apellido y aparece su currículum en LinkedIn como Luis Enrique Helling. Se ha añadido una *g* al apellido.
- Es que nuestro abuelo era de origen inglés.
- ¿Sabe de qué murió Emilio? ¿Dónde puedo localizar a su familia?
- No lo sé.
- ¿De qué pueblo son ustedes? ¿Puede enseñarme su DNI para demostrar que no es usted Emilio Hellín?
- La conversación ha terminado...⁵

Fue Alpha 60 (en realidad, una gran antena, un scanner VHF y un receptor con el que captaban las emisoras de la policía y de la Guardia Civil) el que dio aquel nombre: Yolanda. Emilio Hellín Moro e Ignacio Abad Velázquez, ambos militantes de Fuerza Nueva, fueron hasta su casa. Al principio no la encontraron, pero por la noche, cuando daban las doce, volvieron a presentarse. Esta vez sí la hallaron. Ella, asustada ante el asalto, intentó cerrar la puerta sin lograrlo. Fuera, a escasos metros del domicilio, un coche les esperaba, donde la metieron a la fuerza. Yolanda, aterrorizada, preguntaba qué era lo que querían. Hellín y el resto, sin embargo, le hablaban de comandos terroristas y atentados. Ella no tenía ni idea. En un descampado, Hellín obligó a la joven a descender de su coche y, una vez allí, sin dudar un segundo, le disparó dos tiros en la cabeza.

«Cuadra tus hombros / nubla tu mente / lerdo lerdo / que lo que sientes es dolor / Obediencia y nada más... / No eres nadie / ya no existes / sucios emblemas cubren tu pecho / y la emoción / Obediencia

5. José María Irujo: «La vida oculta del asesino de Yolanda», *El País* (24 de febrero de 2013).

y nada más... / Obediencia / Cuida tu imagen / limpia tus botas / cerdo cerdo / cuando vas a comprender...»

Gabinete Caligari, «Obediencia» (1982)

Sucedió días antes de comenzar el juicio por la matanza de los abogados laboristas de Atocha. Terrorismo negro. La canción de Gabinete Caligari, con toda su lúgubre penumbra, podía poner música a aquel momento. Ni en aquel caso, ni tampoco en el del asesinato de Yolanda, donde actuaron grupos de extrema derecha vinculados a Fuerza Nueva, jamás se conocería toda la verdad. A pesar de todas las voces que lo exigían, la organización ultraderechista no fue ilegalizada, no tanto por vocación democrática sino por ese «miedo al miedo».

Fue el aristócrata Jaime Mesía Figueroa quién *tiró de la manta*, aunque ya la década avanzaba a paso de gigante. El sueño de la modernidad ya se había cumplido: estábamos, por fin, en Europa y el nuevo régimen se confundía maravillosamente con el viejo. Ambas eran generaciones intercambiables, cadáveres exquisitos. En enero de 1988, tras varias tentativas de echar tierra en el asunto, Jaime Mesía Figueroa, amigo de los policías implicados, declaró en la revista *Interviú* que el Nani estaba muerto y que «él mismo lo había enterrado». Junto a él aseguró que se hallarían otros cadáveres.

Jamás lo encontraron.

Estos y tantos otros fueron relatos que quedaron en los márgenes de la historia oficial. Ahora que los evocamos son como espectros, presencias y pesadillas que impugnan esas verdades históricas. Padres y madres abriendo telegramas, como el que recibieron los familiares del asesinado Agustín Rueda. Una infinita crueldad, una crueldad desalmada como toda crueldad que se siente fuerte e intocable, segura de sí misma, arrogante. Pero siempre existe una pulsión que tarde o temprano aparece. Morfi Grei, cantante de La Banda Trapera del Río, respondiendo a una entrevista para *Ajoblanco* en noviembre de 1978: «Puedes explicar esos gigantescos edificios de cemento, puedes explicar tíos borrachos cayéndose en la noche... masturbándose a causa de la represión, lo puedes explicar haciendo rumbas o folk, diciendo

“Amnistía, libertad”, pero los de la COPEL rajándose las venas pa poder salir, que pasa ahí, ieh, tío!»⁶ Los fantasmas, las pesadillas, los muertos siempre acaban regresando.

El Nani fue el exponente de una generación que creció en barriadas miserables, atroces planes de desarrollo urbanístico, ciudades devorando ciudades. Fuera de la realidad que se exportaba, en el centro de las páginas de sucesos, acompañada por una banda sonora con Obús, Chunguitos o Tony el Gitano («La droga» o «Mossos d'Esquadra»), esa generación pasó a engrosar las filas de los presos, el gran ejército proletarizado de la época, donde los ecos de las protestas y motines de la COPEL, la sombra del triste destino de Agustín Rueda, quedaban ya prematuramente lejanos.⁷ Había que ir rápido y aquel pasado impugnaba la modernidad. Los mismos que habían trabajado en el viejo régimen insistían en «pasar página». Hasta 1995 no se promulgó lo que se llamó «el Código Penal de la democracia». Bustaid, dexedrina, *minilips*, *trocolos*, *canutos*, paro, marginación. Grei habló sobre el punk, la creación y, de paso, sobre la forma en que construimos la historia, todos y cada uno de los grandes relatos, los destellos y su posterior oscuridad, aquellos fundidos en negro que ocultaron como respiraba aquel país, sus frustraciones y el callejón sin salida de la reconversión industrial y la militarización. Lo llamaron «reestructuración» y «ajuste». Alguien dijo: población «inadaptada», y luego todos lo repitieron. Ante eso, el rock barrial, los comunicados de los presos, el pulso de la calle, los colectivos sociales, el arte outsider, la aparición de los primeros centros sociales, el asociacionismo vecinal y los primeros insumisos... tenían otra narración, sin euforias ni estridencias. Voces como aquellas («que pasa ahí, ieh, tío!») fueron enviadas al basurero de la historia.

Pero tarde o temprano acaban retornando.

El aspecto de aquel lugar era siniestro. Se debía andar con sumo cuidado. Al no ver el fondo del agua, en medio de aquella gran oscuridad, se corría el riesgo de sufrir un accidente. Avanzando lentamente, alumbrando aquí y allá

6. *Ajoblanco*, núm. 39 (noviembre de 1978).

7. En 1988 la Audiencia Provincial de Madrid consideró que la paliza propinada por los funcionarios de prisiones a Agustín Rueda era un delito de imprudencia temeraria con resultado de muerte y no un caso de homicidio. Todo ello a pesar de las contradicciones entre los peritos sobre las causas de la muerte y el clamor social.

como exploradores del nuevo mundo, asombrándose ante las dimensiones de aquel parque jurásico, el grupo atravesaba grandes salas donde las plantas trepadoras surgían en casi cualquier lugar.

No era la selva amazónica sino Sevilla, la isla de la Cartuja. Lo que fue la Expo 92.

Aquello una vez había sido un lujoso pabellón. Una década después de aquel costoso evento, unos amigos entraron en alguno de los pabellones para comprobar su estado. Tras obtener un pase oficial, se entrevistaron con los antiguos encargados que les aconsejaron ir casi con un equipo completo de supervivencia y escalada. La visita se convirtió en un descenso a unas catacumbas del mañana, aunque tempranamente obsoletas. El abandono conllevaba otros peligros: vándalos, toxicómanos, ladrones. A su alrededor, los restos del saqueo. Banderitas europeas cubiertas de excrementos, huecos en las paredes donde antes había pantallas táctiles, vidrios y suciedad en la oscuridad reinante. Todo desvencijado y en silencio. Todo roto. En un lateral, al final de una gigantesca habitación, se alzaba un cartel: «Bienvenidos al futuro», rezaba.

Servando Rocha es editor, escritor y ensayista. Es fundador y director de la editorial La Felguera Editores. Se ha especializado en movimientos de vanguardia y de la contracultura europea y americana. Ha publicado numerosos ensayos sobre movimientos artísticos del underground y la escena punk.